LA PROTESTA

PORTE PAGO

Núm. 3860. Año XXIV — Buenos Aires, 20 de Marzo de 1921 — Precio del ejemplar $ 0.10

La Comuna de París

18 de Marzo de 1871

La Francia derrotada de ayer y la Francia vencedora de hoy.

Entre la Francia de ayer, derrotada por los prusianos, y la Francia de hoy, vencedora de los ejércitos teutónicos, la distancia recorrida en el campo de las ideas dijérase nula. Es más, casi diríamos que nos encontramos frente a un caso típico de involución. Desde las famosas jornadas de la Comuna, en que los franceses, descamisados y harapientos, presentaban sus pechos desnudos en un arrebato divino de sacrificios para que triunfaran las ideas que han de hermanar a todos los hombres, hasta nuestros días, en que el oficialillo atildado y galante, con el pecho repujado de condecoraciones, se abrocha la chaquetilla en un gesto inequívoco de desconfianza, viendo en cada uno de sus semejantes a un ladrón, capaz de robarle la «montre» o mermarle su bienestar de bestia satisfecha, la duda no cabe. Una actitud y otra, son reveladoras de un estado colectivo de alma. No se puede juzgar de otro modo a la Francia burguesa, victoriosa e imperialista. Perdió en los campos de batalla, sus más inmarcesibles victorias morales. En su marcha hacia el triunfo de la Justicia y la Fraternidad humana, describió la elipse gigantesca de la serpiente mordiéndose la cola. La expansión de su cultura, si bien ganó en superficie, perdió en profundidad y en orientación: la única fuerza, la que por instinto sabe que la línea más corta entre dos puntos es la línea recta.

En Francia, hay zapateros que escriben tragedias que se estrenan en la Comedia Francesa y campesinos que urden novelas que son coronadas por la Academia; pero hay pocos orientadores y muy pocos héroes laicos. La atmósfera colectiva no favorece su nacimiento y la pasión por la idea se apaga en un comercio elegante con todas las ideas. Francia, hoy, burguesa, ecléctica y rapaz, da la sensación de un Don Quijote, abandonando sus ensueños caballerescos y sublimes para meterse de almacenero y hacerles la competencia a los yanquis. Esto, para ciertas almas de cántaro, es cordura, sensatez; para nosotros, vulgaridad y lo que es peor, un voluntario retorno al despojo y al crimen, solapado y sórdido.

Sin embargo, por no sabemos qué fenómeno curioso, nuestra fe en la Francia revolucionaria y ecuánime, es inquebrantable. La raza que fué capaz de dar esa pléyade de gigantes que en todos los órdenes, tanto en los del pensamiento como en los de la acción, descollaron, iluminando hasta los ámbitos más remotos de nuestro planeta, no puede haber muerto para siempre. Sus virtudes, que la distinguieron de otras razas; su ardiente amor hacia lo bello y lo justo, no pueden haber desaparecido para siempre. Raras voces, proclaman la existencia de un rescoldo que no se apagará y llegará a ser hoguera gigantesca. No es Barbusse, ni es el grupo «Claridad», lo que nos induce a semejante afirmación. Es el sordo rugido de un pueblo que habiendo sido Don Quijote, no se conforma con el destino de almacenero que sus «padres de la patria» quisieran darle. Las voces que hoy son aisladas, pueden ser mañana una sola voz gigantesca. La raza de los «communards», no se ha extinguido aún. Y la página que el pueblo francés escribió en los días de Marzo, es una de las páginas más alucinadas de la historia de la Humanidad, en ruta siempre hacia el miraje esplendoroso de su emancipación.

La victoria

La victoria que los comunistas obtuvieron fué fácil. Sus adversarios, los jefes de gobiernos, desaparecen ante la fraternización de los soldados y de las guardias nacionales. Precipitadamente abandonan hasta las posiciones que no fueron atacadas. La revolución se propaga como un incendio: en un solo día se funda la Comuna.

La exaltación popular

Este triunfo que maravilla hasta los mismos vencedores; esta ciudad que pone a la puerta casi sin saberlo, este ejército que se desvanece como nieve al sol; este gobierno que no tiene más que poner en marcha a sus ejércitos para verse rechazado en provincias; este comité de mediocres ignorados, sobre los cuales caen como del cielo todos los poderes y las llaves de veinte fuertes en vano sitiados por los prusianos durante 5 meses, y que él mismo se halla dominado por la población, es verdaderamente milagroso hasta el absurdo y más se parece a una alucinación de un febriciente que a una página de historia.

¿Quién operó esta locura? La exaltación del sentimiento del pueblo. En efecto; historiadores hay que hablan del París comunista, como de un gran manicomio.

Pero hay que distinguir. Si se habla de locuras, hay que comprender que la locura que suprime los intereses ordinarios y mediocres, para darse en provecho de una idea, es una locura sublime. Los españoles que bajo Napoleón I se hacían masacrar para defender la independencia de su patria; los defensores de Chateudun que se olvidaban que su resistencia sólo convertiría su ciudad en un montón de ruinas, son todos locos sublimes que iluminan las páginas de la historia humana.

La resistencia

Esta multitud tan heterogénea y en apariencia tan desordenada, encontró el modo de combatir y de resistir al ejército mercenario de Versalles. Se sabe como durante un mes y medio, la guardia nacional defendió palmo a palmo el terreno. Así como en campo raso no supo resistir y fué derrotada, demostró en la ciudad su energía, obstinación y valor. Nada más dramático que el combate continuo de cuarenta días entre Neully y Jassy. De un lado era la pelea de barricada a barricada, bajo una lluvia continua de obuses y metralla; del otro era el sitio y el asalto de un fuerte que no era más que un montón de ruinas, nido de bombas, abandonado, vuelto a tomar y disputado con rara tenacidad.

El general Le Flo, en su declaración en el proceso del 18 de Marzo, deploró vivamente que contra lo que él aconsejara, no se empleara contra los prusianos esta guardia nacional que se batió como un león bajo la Comuna.

La obra de la Comuna

Desgraciadamente, tanta abnegación y tantos sacrificios no debían ser recompensados. La Comuna había caído entre manos de gente que tenía ideas no muy claras sobre las cuestiones sociales. Los miembros de la Internacional eran una ínfima minoría. Los demás dejaban transcurrir el tiempo lanzando manifiestos.

Reconociendo que los obreros se batían por ellos, ordenaron que se les devolviese gratuitamente todos los objetos pignorados que se hallaban en el Montepío. Y esto, hasta bajo el régimen del imperio se había hecho.

Entretanto el capital, continuaba a explotar las masas proletarias. Los abastecedores militares pagaban a sus obreros seis sueldos por día. Las fábricas, las herramientas y todo lo que al pueblo hubiera podido servirle para abastecerse y defender, continuaba en manos de los explotadores. Solamente en el mes de Mayo fué cuando la Comuna, viéndose perdida, decidió lanzar un decreto que prometía la expropiación de las fábricas a beneficio de las cooperativas.

Este decreto, por otra parte, muy poca cosa, quedó en la nada.

¿Qué importa que los componentes de la Comuna fueran honestos y se asignaran salarios modestos, si carecían de iniciativa e impedían al pueblo defenderse económicamente?

La revolución fué, pues, derrotada porque el pueblo no supo desembarazarse de los eternos dirigentes inútiles. Y en el arreglo de sus intereses económicos no adoptó las medidas que debía defender económicamente del mismo modo que su heroísmo hizo formidable su resistencia.

París durante la Comuna

Las calles de París eran absolutamente seguras. Los actos de saqueo con el objeto de lucro, fueron muy raros. Hasta los malhechores que aprovechando los desórdenes regresaron a la capital, se aprovecharen muy poco de sus inclinaciones y de la situación especial. Todos se percataban de la grandeza de los acontecimientos que se desarrollaban. La moralidad surgía por la ausencia misma de la policía, del gobierno y de los instrumentos de represión.

La brutalidad de los versalleses.

El gobierno parlamentario de Versalles, sordo a los ruegos de conciliación que procedían de todas las provincias y que encontraban un eco en las elecciones legislativas, demostró desde el principio al fin, una ferocidad, una sed de sangre y venganza, que permanecerá como una de las notas más infames de la burguesía y del parlamentarismo.

Cuando por un movimiento equivocado, sobre Chatou, fueron hechos los primeros prisioneros comunardos, el genaral Gallifet, — el mismo que fué jefe de bandidos en Méjico, — se apresuró a hacerlos fusilar. Todos saben lo despiadadas que se demostraron las clases dirigentes y las damas elegantes de Versalles que golpeaban con sus sombrillas a los prisioneros comunistas.

La Comuna por su parte sólo se limitó a formular amenazas y a una ley sobre rehenes que jamás se aplicó; a excepción de pocos casos, en los cuales la plobación indignada intervino por las noticias que procedían de Versalles, haciendo justicia sumaria, nada hubo que demostrara esa ferocidad de la «canalla» tan puesta de relieve por los historiadores y periodistas burgueses.

La semana de sangre

¿Pero quién describirá los masacres cometidos por los versalleses vencedores?

Los fusilamientos en masa, la montaña de cadáveres, las requisiciones domiciliarias, los ciudadanos fusilados ante su mujer, sus hijos y gente inocente sacrificadas por la más leve sospecha.

Hasta se asesinaron a los heridos que se encontraron en los hospitales de sangre del Luxemburgo. Otros fueron muertos por parecerse a comunistas conocidos. Así es como sucedió el caso de los tres Valles fusilados, mientras el verdadero se encontraba sano y salvo en Londres, como los de los pretendidos Billoray, Varliu y etc.

Paris fué saqueada e inundada de sangre para que la Idea de la Comuna se ahogara en el lodo ensangrentado. ero la idea, continúa resplandeciente más intangible que nunca. Despertó en Rusia y mañana será en otra parte.

Quizás si la Comuna de París hubiese triunfado, esta guerra y estos diez millones de cadáveres que qual una pirámide monstruosa nos veda los horizontes, se habría ahorrado para alegría de muchas madres y para felicidad de todos los pueblos de la tierra.

LUISA MICHEL



LA VIRGEN ROJA

Así, dando al caído
Tu mano de dulzura en el combate,
Fuiste fuego de todo lo podrido,
Luz de amor para todo lo que late.

Con tu cabeza audaz de sublevada
Cruzaste por la tierra, victoriosa,
Despedazando el mal con una espada
En cuyo filo floreció una rosa.

¡Rosa de amor que del amor vivía;
Sumun de gracia y verginal belleza;
Esperanza y fulgor que se expandía
Como la irradiación de una cabeza.

Sobre la faz de un mundo, tu estandarte
Fué rojo, como roja es la mañana,
Como es roja la sangre y rojo el arte
Que de la vida entonan el hosana!

Eras la suave Luisa, sofocando
El humor en las llagas de los siervos
Y la terrible vengadora, ahogando
En sus cuevas a todos los protervos.

Mística de una fe que no entendían
Sino los que han amado o han sufrido,
Tus alas de ternura se extendían
Sobre toda tiniebla y todo olvido.

Amorosa y sonriente, enardecida,
Velabas sobre todos los dolores,
Teniendo siempre para cada herida
Gritos de horror y bálsamo de flores.

El odio y la bondad te embravecieron
Y en tí los pensamientos despertaron.
¡Todas las ignominias te temieron
Y todos los pesares te ensalzaron!

Alberto GHIRALDO

Revista de la prensa burguesa

después de derrotada la Comuna de París.

Reproducimos, aquí, algunos comentarios de la prensa de entonces, que, en fin de cuentas, es la misma prensa de hoy; «Le Figaro», «Le Temps», «Le Journal des Debats», son los mismos diarios que hoy, invectivan contra los alemanes vencidos y los obreros presos. Según parece, su misión consiste en arrojar puñados de lodo sobre el caído y agitar el incensario, ensalzando a los pillos que por un medio u otro, llegaron al poder y a la riqueza.

Leyendo esas palabras de hiena, la indignación nos solivianta los nervios. Pero seremos parcos en la adjetivación. Sólo apuntaremos un hecho. Nos referimos a la serie de artículos lacrimógenos y sentimentales publicados por esa misma prensa francesa entonando «hosannas» al «poilu» anónimo que duerme bajo las bóvedas del Arco del triunfo. Con ese homenaje se pretendió rendir un tributo al pueblo, en uno de sus hijos.

Y ¿los de la Comuna de 1871, no eran acaso héroes, que lucharon tanto o más desinteresadamente que los «poilu» de hoy?

No; para ellos, los burgueses, la diferencia es fundamental. Los heroicos de 1871, se batieron como leones para que la fraternidad humana fuera una realidad ;los de hoy, en cambio, se convirtieron en víctimas y victimarios, para que Francia e Inglaterra pudiesen acaparar todos los mercados del mundo. Por eso, según el concepto burgués, unos fueron bandoleros y los otros héroes respetables.

Para el hombre sensato, la misificación de los valores humanos no puede ser más evidente.

Solamente cuando el pueblo se hace cómplice con ellos, es cuando merece algo, que no sea un insulto.

«Le Figaro», 16 de mayo:

Se pide encarecidamente que todos los miembros de la Commune, del Comité central y de otras instituciones parecidas; que todos los periodistas que cobardemente han pactado con la revolución triunfante; que todos los Polonenses improvisados, los Valaques de fantasía que han reinado dos meses en la más hermosa y más noble ciudad del mundo sean, con sus edecanes, coroneles y otra canalla, llevados después de un juicio sumario, de la prisión adonde están encerrados, al Campo de Marte, donde serán «todos» pasados por las armas.

—

«Les Débats», 3 de Junio:

Desde la mañana (domingo 28 de mayo) un espeso cordón se forma adelante el teatro del Charelet, en el que está en sesión permanente, una corte marcial. De vez en cuando se ven salir unos grupos de quince o veinte individuos, compuestos de guardias nacionales, de particulares, de mujeres y de niños de quince a diez y seis años.

Estos individuos son sentenciados a muerte. Caminan de a dos, escoltados por un pelotón de cazadores que abre y cierra la marcha. Ese cortejo sigue a lo largo de Gyres y penetra en el cuartel republicano de la calle Lobau. Un minuto después se oyen resonar en el interior los fuegos de pelotón y las descargas sucesivas de fusilería; es la sentencia de la corte marcial puesta en ejecución.

—

«Le Siécle», 28 de mayo:

...Del lado de la Escuela Militar, la escena es en este momento emocionante; llegan continuamente allí los prisioneros, y como su proceso ya está concluido no se oyen más que detonaciones.

—

«La Liberté», 4 de junio:

Los condenados a ser fusilados eran muertos por detrás mientras caminaban y se tiraban sus cadáveres sobre el montón vecino. Todos estos monstruos de insurrectos tenían cara de bandidos; «las excepciones daban lástima».

—

«Les Débats», sobre la muerte de Brunel, fusilado en los departamentos de la señora Fould:

El comandante Brunel fué hallado el jueves en una casa de la plaza Vendome, número 24, en la que se había refugiado. Algunos tiros de revólver acabaron con él.

—

«Le Petit Journal», sobre la misma ejecución:

Brunel estaba en casa de su querida, la que ha sido también pasada por las armas. Después de esta doble ejecución, fueron selladas las puertas del departamento.

—

«Le París Journal», 9 de junio:

Es en el bosque de Bolonia que serán ejecutados en adelante los indivi-

duos» sentenciados a la pena de muerte por la Corte marcial.

Cuando el número de los sentenciados pasara de diez hombres, «se pondrá una ametralladora en lugar de los pelotones de ejecución».

—

«Le Figaro». Viendo pasar los convoyes de mujeres insurrectas, se experimenta, sin querer, un sentimiento de piedad. Pero «no hay que hacerle caso» pensando que todas las casas de tolerancia de la capital han sido abiertas por los guardias nacionales que las protegían y que las más de estas mujeres eran locatarias de esos establecimientos.

—

«La opinión Nationale», 10 de junio: No hemos querido dejar al Pére Lachaise, sin «saludar de una mirada de compasión cristiana» a las simas profundas en que han sido sepultados unos sobre otros insurrectos tomados con las armas en la mano y los que no se han querido rendir. Ellos han expiado «por un acto de justicia sumaria su locura criminal». Que dios se compadezca de ellos y les conceda misericordia. Aprovechamos la oportunidad para rectificar los rumores exagerados que han corrido respecto de las ejecuciones hechas en el «Pere Lachaise» o en los alrededores. Resulta por informes seguros — casi diríamos estadísticas oficiales — que en este cementerio «no se enterraron más de mil seiscientos fusilados!!!..

Luisa Michel

En París, hace varias semanas, se realizó una manifestación gigantesca, coincidiendo con el aniversario de la muerte de Luisa Michel. El pueblo acudió en masa a escuchar las palabras de los oradores que recordarían la vida de esa mujer extraordinaria, de esa Virgen Roja, por cuya abnegación y amor mereció ser llamada la madre de todos los desheredados.

En efecto, así lo fué, abnegada hasta en los menores actos de su vida. En Francia y, sobre todo en París, es tan vivo el recuerdo que dejara que, el convocarse en el día de su desaparición, fué un hecho espontáneo y natural. El rememorarla, evocar su figura ascética, era una necesidad importergable. No solo anarquistas hubo en ese homenaje, sino hasta hubo la presencia de esos intelectuales que, creyendo rendir un homenaje a una criatura de vida inmaculada, rendían tributo a la idea.

Porque Luisa Michel fué la encarnación, más viviente, del credo de redención, que agita desde siglos a la conciencia humana. Su existencia de fuego, agitada y múltiple, fué una llama de amor. Los que la conocían, conversaban y la trataban se hacían mejores, dice un biógrafo suyo. A veces, resultaba que políticos adversarios la visitaban con el deseo secreto de burlarse de ella y, al dejarla, se sentían de tal modo conmovidos y purificados por las palabras escuchadas, que muchas veces se constituían en sus más ardientes defensores. «No hay vida más pura que la de aquél que, en su interior, lleva una hoguera ninca apagada», dice Rachilde. Bonafoux, el triste y el sardónico, después de visitar la vivienda de la Virgen Roja y ver la corte de milagros que su inmensa bondad recogiera, al presenciar su afán de prodigarse, partiendo su escaso pan e inculcando a niños andrajosos la noción de las primeras letras, confesó que, pocas veces, había visto escena más penetrante y honda. «Sólo entonces comprendí todo lo que el amor sería capaz de hacer sobre la faz leprosa de este mundo, corroído de avaricia y de odio», exclamó el admirable escritor en una de sus más bellas crónicas.

Es que, ese sentido de la maternidad que, en las demás mujeres, empieza y concluye en el propio hijo, en Luisa Michel, no reconocía vallas. El grito en la noche de la madre que despierta, porque escuchó un llanto, un quejido y, solícita, acude a la cuna de su nene, volviendo tranquila al lecho, al comprobar que no es su hijo el que llora, sino el de la casa vecina, no reza con Luisa Michel. Ella, no decía: No es el mío el que llora, porque todos eran como hijos suyos. El egoismo de una maternidad restringida no existía en ella. En cambio, lo materno de la mujer, cobraba en ella aspectos sublimes que se transformaban en una continua acción bienhechora.

Cuando los camaradas franceses pensaron fundar una escuela libertaria, ella recordó que había sido institutriz y no tuvo inconveniente en volver a serlo.

Hacia 1896 se impuso la tarea de escribir para los niños una obra titulada «Nociones enciclopédicas por orden atractivo» que debía constar de tres tomos, conteniendo el primero, «Nociones generales»; el segundo, «Los rudimentos de la historia y de los idiomas»; y, el tercero, «Nociones de matemática, ciencias y artes».

Envió luego al grupo de la escuela libertaria los dos primeros de estos tomos, en manuscrito, con un prefacio en forma de prueba de imprenta, porque el libro debía aparecer por entregas.

En los extractos, que aquí reproducimos, se verá como Luisa Michel supo adaptarse al espíritu sencillo de los niños y hablarles a su imaginación por medio de leyendas sencillas.

La Luisa Michel, comunista, condenada a muerte en los tiempos de la comuna; la Virgen Roja, propagangista incansable, es demasiado conocida para que abundemos en d talles por todos sabidos. Solamente quisimos rememorar ligeramente esa figura admirable, digna de ser emulada por nuestras compañeras criollas.

—

PREFACIO

(Extracto)

Desde la época de Aristóteles, y mucho más antes, se conocía el poder de la armonía; se la ha sentido eternamente; todos los hombres primitivos expresan en ritmo sus dolores, sus goces y sus iras; la Edad media creía que la canción curaba las heridas.

En un porvenir más o menos distante, se servirá de la armonía como de las otras fuerzas cuyos efectos constatamos, sin poder explicarlos con certeza.

La asimilación de los conocimientos humanos arreglada por agrupaciones armónicas sería muy fácil: el espíritu menos desarrollado reconocería sus afinidades, sus similitudes y sus oposiciones.

Como la piedra tirada al agua, que provoca círculos concéntricos, lo que impresiona un punto cualquiera de las facultades humanas, despierta acordes y ciclos de otras ideas y de otros conocimientos.

Todo está en todo, y todo forma parte de la armonía universal.

Así gravitan, a través del espacio y del tiempo, las constelaciones por archipiélagos de estrellas. La duración tiene sus ciclos de siglos, de segundos y de períodos infinitamente más cortos, sin duda apreciables por los seres que apenas se distinguen con el microscopio; el corazón y las olas se baten por períodos.

La distancia de los astros, las transformaciones de los seres y de las cosas son los grados de gamas en que se cuentan por pausas, teniendo su equilibrio y sus relaciones, los planetas deshechos, las transformaciones desaparecidas.

A través del infinito vibra la melodía eternal sobre un teclado sin límites.

Los sonidos, los colores, el lenguaje, los nombres, todo tiene su gama, sus modos y su ritmo.

La ciencia, cada día más simplificada, nos permitirá abarcar más ampliamente el movimiento en donde los seres y las cosas gravitan atraídos hacia el progreso por un deseo irresistible.

Ya ha nacido la era de la justicia, crece y se agranda como en una cuna en nuestra época transitoria: los escombros de las iniquidades viejas no lo sofocarán.

Es probable que en el porvenir el hombre libre, viviendo en paz sobre la tierra emancipada, será más bien desarrollado que nosotros. ¿Pero, no s epuede, mientras tanto, hacer algo para disminuir el número d eespíritus limitados, presentándoles lo más posible de elementos en el volumen más pequeño que sea dable, d emanera que las generalidades ya conocidas ayuden a adquirir otras qu evendrán a aglomerarse con ellos, tan fácilmente como una bola de nieve se agranda rodando?

¿No hemos criado bastante tiempo para la esclavitud y la muerte turbas miserables, cuyo trabajo dividido al infinito beneficia la explotación, pero perjudica a cada individuo?

¿No sería tiempo d ecrear para la humanidad hombres cuyo trabajo e inteligencia vendrían en provecho al mismo tiempo de la generalidad y de cada uno en particular?

Se ha observado el enorme resultado que dieron en 1789 los campos sembrados por los brazos de los paisanos aumentadas sus fuerzas en la embriaguez sublime de la libertad.

Los americanos, hombres prácticos, han calculado la diferencia en los mismos trabajos hechos por los hombres que saben leer y pensar, y los hechos por analfabetos, y J. B. Say, cuyo testimonio no puede sospecharse, encuentra deplorable la condición de un hombre que no sabe hacer más que la centésima parte de un alfiler. Es lo mismo con el que posee algunas nociones aisladas de tal o cual ramo de estudio: son tan pequeñas que a fuerza de disminuir, concluyen por no existir.

Una cierta cantidad de conocimientos generales lejos de perjudicar las vocaciones particulares, las esclarecen, e impiden que ellos mismos se ignoren. Nadie puede decir: «yo también soy pintor», si ignora la existencia de la pintura.

Una serie de enciclopedias, yendo del grado más elementario a los grados superiores, impediría que un cierto número de gente quedara como la oruga, paciendo siempre sobre la misma rama, sin ver jamás las estrellas al través de las otras, ni aún conocer el árbol ed su conjunto.

GENERALIDADES

Arriba de esta parte del espacio que nos parece azul, por efecto de los átomos flotando en las corrientes del aire, está el negro de los espacios estrellados, en donde brillan de noche miles de astros que la luz nos impide ver durante el día.

Se descubre con el telescopio algunos miles más.

De la misma manera que el telescopio ayuda a nuestros ojos para la distancia, el microscopio los suplementa para aquello que, relativamente a nosotros, es infinitamente pequeño.

En una gota de agua se descubre con el microscopio, todo un mundo lleno de seres que se devoran entre sí. En un pedazo de tiza, en la piedra, se ve millares de infusorios, todos tan curiosos como los monstruos cubiertos en los diversos terrenos revueltos por las revoluciones geológicas, sin que, más allá del poder del telescopio y del microscopio, dejen de existir el infinitamente grande y otros seres infinitament epequeños, afuera del alcance de estos instrumentos.

Así, desde el punto del espacio que habitamos nosotros y del instante en que estamos, se extiende sin fin el espacio y el tiempo, sin principio y sin límites.

El 18 de Marzo

Otra vez ha llegado el salvaje, el revolucionario Marzo, el terror de todos los tiranos y déspotas, el orgullo y esperanza de las multitudes oprimidas, el símbolo sagrado de libertad y belión; de nuevo ha llegado el marzo rojo, el que fecundizó con sangre, con roja, cálida sangre humana, la campiña áurea de un porvenir libre, el campo en el que se desenvolverá la altiva, liberada humanidad.

El invierno, el frío, hostil reaccionario, lucha con sus últimas fuerzas por su predominio, pero los rayos victoriosos del tibio sol de primavera aniquilan el poder de su tiranía. ¡Es Marzo! La sangre circula con más ímpetu por las venas y en el corazón de la juventud arde el fuego sagrado de pasiones rebeldes. ¡Pensamientos de Marzo! ¡Cómo late furioso el corazón en el pecho! Viejos recuerdos se despiertan de nuevo, recuerdos de aquellos grandes, heroicos días, cuando la aurora roja de la joven primavera de los pueblos ha derramado su luz purpúrea sobre la rebelde ciudad de París. Los ojos centellean, una vitalidad prodigiosa atraviesa el cuerpo, los labios tiemblan y se siente el deseo de entonar la canción de odio y lucha, de amor y esperanza, de desesperación y muerte.

El viejo comunero saca del rincón el fusil enmohecido, limpia el moho de la madera y hierro, y lágrimas ardientes caen sobre su barba gris en esa tarea. Y pone su mano escuálida sobre los fuertes hombros de su hijo y dice:

¡Esto fué el 18 de Marzo de 1871, hijo mío, el orgullo y esperanza de mi juventud, los dulces recuerdos de mi vejez. El trono sangriento del criminal Napoleón fué destruído por nosotros, el pueblo rebelde de París. ¡Ah, qué hermoso era aquello; el altivo París, el gran corazón de toda Francia! Sobre los tejados de sus palacios flameaba la bandera roja, símbolo de libertad, igualdad y fraternidad; en sus calles movíase una multitud inspirada y todos se sentían hermanos y hermanas de una gran familia. Cada uno tenía fe, que el dulce sueño de libertad y felicidad común sería ahora una realidad, que múltiples esperanzas en el porvenir, se convertirían ahora en una bella realidad.

Otra cosa vino, hijo mío; la dulce ilusión se ha extinguido de pronto. Los reaccionarios de todas las tendencias han abandonado París y reuniéronse en el nido de ladrones, en Versalles. Allí organizaron la lucha contra la capital revolucionaria y mandaron sus mercenarios vendidos contra el grande, libre París.

Los proletarios parisienses despertaron de su sueño; vieron el peligro y resolvieron luchar a vida y muerte contra los mercenarios de la tiranía. ¡Viva la Comuna! éste era el llamado que nos impulsaba a las barricadas, para defender vida y libertad.

Como la leona lucha por sus cachorros, así luchaba París por la causa sagrada, la libertad. Hombres, mujeres y niños esgrimieron las armas para luchar contra la banda asesina, reaccionaria de Versalles, la que quería estrangular con sables y cañones las aspiraciones libertarias de la rebelde masa obrera de la capital francesa. Créeme, hijo mío, no nos intimidamos ante la muerte y cada piedra se ha teñido con la sangre de los titanes moribundos.

Ellos han levantado murallas vivientes contra el enemigo, hasta que sus corazones fueron atravesados por las balas asesinas de los fusiles y cañones de los verdugos de Versalles. Cubiertos de heridas, manando sangre, el fusil en la diestra muerta, estaban tirados sobre las barricadas del gran París, como muda acusación contra los crímenes de la burguesía. Los días sangrientos de la Comuna de París, jamás se olvidarán, hijo mío, hablarán y escribirán los heroicos obreros de París, mientras haya hombres en el mundo que aspiren a la libertad, la verdad y la justicia.

La Comuna fué vencida, fué ahogada en la sangre de 35.000 hombres, mujeres y niños. Sobre el P. Lachaise, sobre el campo ensangrentado de Satory y sobre el camino que conduce a Versalles, allá cayeron los últimos defensores del libre París, el París de la Comuna, saludando la muerte con las palabras de desafío: «¡Viva la Comuna!»

La burguesía ha tomado vanganza del proletariado de París, y esta venganza fué sangrienta, monstruosa y bárbara, como sangrienta, monstruosa y bárbara es la burguesía misma. Ha inscripto un nombre vergonzoso en la historia universal, con la sangre de 35.000 proletarios, con la sangre de aquellos que están ligados juntos por las cadenas de hierro, de miseria y privaciones. Los asesinos cobardes Gallifee, Mac-Mahón y Thiers, han celebrado su triunfo sangriento sobre los cuerpos destrozados de los comuneros caídos, sobre los cadáveres ensangrentados de aquellos que con su sudor y sangre crean todas las riquezas y placeres para una banda de holgazanes y parásitos.

Sí, hijo mío; la comuna sucumbió; ella fué ahogada en su propia sangre; pero aquellos hombres y mujeres que están sepultados bajo las piedras de París, ellos no han muerto en vano. Como niebla roja ascendió su sangre hacia el cielo y nubes rojas se extienden sobre todos los pueblos. Y de las nubes caen gotas rojas y allá donde las gotas fertilizan la tierra, allí brotan filosas, centelleantes espadas; espadas para los rebeldes del porvenir.

He envejecido, hijo mío, y la fuerza de mi juventud desapareció hace tiempo. Un par de años más, y dormiré el sueño eterno, del que ya no hay despertar posible. Yo estoy pobre, muy pobre. Sufrimientos y dolores rodeaban la cuna en la que nací; sufrimientos y dolores eran los mudos acompañantes de toda mi vida y ellos me acompañarán hasta que me acueste en la fría tierra y duerma largo rato el sueño eterno. Pero aquí en el pecho, hijo mío, aquí en el pecho arde un fuego infernal, como un volcán; aquí en el pecho arden pasiones demoníacas, aquí en el pecho arde un tremendo odio mortal contra todos los tiranos y opresores, contra todos los criminales, que han envenenado mi vida y la vida de mis hermanos. Este odio te lo lego a tí, hijo mío. Aprende a odiar a los tiranos y explotadores de la humanidad, aprende a odiarlos, hijo mío, odiarlos en lo más profundo de tu corazón. Y con este odio te entrego todo mi amor, ardiente, sublime amor, amor a la libertad, belleza y dignidad humana. Con este odio te lego mis dulces ensueños y esperanzas en un porvenir mejor y más dichoso. ¡Ella tiene que venir y vendrá, la era de la luz y del sol! ¿Ves las nubes allá arriba en el cielo? Ellas relumbran con sangre y fuego; ellas se extienden sobre los pueblos y relatan la historia heroica de la Comuna de París.

Y ahora tengo para tí una sola cosa, hijo mío. Toma el fusil, que tengo en la mano; está cubierto de herrumbre, pero no siempre ha estado así. En un tiempo brillaba y centelleaba, enviando sus balas mortíferas a las filas de nuestros verdugos. Esto fué en 1871.

Coge el fusil, hijo mío; yo siento que aún lo usarás. Tu mano es firme y tus ojos son claros y seguros. Coge el fusil, hijo mío; no tiembles, quédate frío, piensa en tus hermanos y hermanas asesinados, que cayeron en las barricadas inmortales del gran París; coge el fusil, hijo mío, apunta bien y hiere seguro en el corazón a la tiranía.

Rodolfo ROCKER.

La espontaneidad popular

considerada como dinámica de la organización anarquista actual de la sociedad

I

Muchas veces he tenido ocasión de tratar acerca de la espontaneidad popular,. considerada como elemento de organización de una sociedad nueva, basada en los principios nuevos de las doctrinas libertarias. Ahora vuelvo sobre el tema para extenderlo « todos sentidos, científico, económico, moral, e;.

En rigor científico, la espontaneidad no tiene el alcance que el término parece indicar. Todos los actos humanos dependen de un conjunto de causas, bien definidas las unas, envueltas en el mayor misterio las otras. En el fondo de la espontaneidad existe mucho el azar. ¿Quién es capaz de prejuzgar, de saber siquiera con la relativa certeza de un postulado de experiencia, lo que hará un hombre o una multitud en determinados momentos? La herencia está presente en todas las manifestaciones del espíritu; los muertos mandan, y, ¿en qué sentido? ¿Tengo alma de criminal o de santo? La acción exterior que ayer determinó en mí tal reacción, hoy me deja indiferente. Si dejo librada mi conducta a las impulsiones internas, lejos de todo sometimiento, a reglas fijas, ¿qué sé yo, ni qué sabe nadie a dónde iré a parar?

Lo espontáneo, entendiendo por ésto lo que está fuera de las deliberaciones previas, de las reglas de experiencia, es muy dudoso, de origen desconocindo. Las sociedades, para progresar, han tenido que destruir en parte el azar; de aquí proviene toda la codificación de la experiencia. No es posible someter la resolución de cosas importantes a las inspiraciones momentáneas. Pongamos un ejemplo sencillo y muy corriente: en vista de un hecho, la junta directiva de un gremio obrero proclama la huelga del mismo, obteniendo el apoyo unánime. ¿Sería posible esta medida, si se atendiera a la inspiración momentánea del gremio? No. Esto daría resultados muy dudosos. El azar ha sido destruido por medio de los estatutos, de la codificación de la experiencia; en vista de tal hecho, se obedece a la ley que marca tal acción y no a la impulsación interna del momento. Esta, aparte del contenido hereditario de muy dudoso carácter — y vuelve la interrogación: ¿soy criminal o santo? — se integra con influencias de ambiente, que no siempre son las mismas, y, aun siendo idénticas, obran con diversa intensidad en diversos momentos. Un día, mi inspiración espontánea, nacida del fondo tranquilo de mi espíritu, que descansa sobre un relativo bienestar material, me hace sublevar de golpe ante un hecho delictuoso y protesto, sin necesidad que me lo mande nadie; otro día, mi conciencia, intranquila por dificultades penosas, me hace más cauto y no protesto y quisiera que no se protestara para no comprometer del todo mi ya escaso bienestar. Pero, sin embargo, es necesario protestar; y se recurre, no a lo espontáneo, sino a lo que está muy lejos de eso: a una regla que ha sido meditada, discutida demasiado, a una deliberación experimental que está colocada por encima de toda inspiración momentánea. Tratándose de multitudes de capacidad baja o media, lo espontáneo es todavía menos utilizable para fundamentar nada duradero; las reacciones del miedo — contenido hereditario—se suman a las dificultades presentes. No es nada extraño que en Rusia, masas considerables del pueblo hayan querido derribar al gobierno maximalista que apoyaron en los primeros momentos; la inspiración momentánea, reforzada por el hambre y por todas las calamidades de una situación revolucionaria rodeada de peligros, comprometería el porvenir, dando al traste con el presente, con tal de hallar un poco de alivio, aún siendo éste completamente ilusorio. Los hombres que desean fiar todo a la espontaneidad del pueblo, se figuran que todo lo espontáneo, por ser tal, tiene que ser forzosamente bueno; nada más erróneo, sin embargo. El carácter de la espontaneidad, carácter definido y único, no es la bondad; tampoco es la maldad, definida, prevista. En ello hay una X desconocida, un misterio que podemos conocer cuando se ha manifestado; antes, no. Ni aun en los factores exteriores podemos señalar un carácter absoluto: sabemos que un hecho cualquiera ejerce sugestión sobre el alma de las multitudes, pero ¿en qué sentido? En la semana trágica de enero, el primer día, las multitudes, sugestionadas por la muerte de algunos obreros, se lanzan a la calle abandonando, en gesto hermoso y valiente, las fábricas y los talleres, buscando armas por las calles y decididas a dar su vida; en los días siguientes, las mismas multitudes quedan indiferentes o presionadas por el miedo ante el asesinato, no de unos cuantos obreros, sino de centenares y de millares de heridos. El primer día y los siguientes, los mismos hechos, agrandados aun, obran sobre lo espontáneo de diverso modo. Este ejemplo, muy repetido en la vida de las sociedades, nos enseña a no confiar demasiado, sobre todo en tiempos revueltos, en la bondad de lo espontáneo; el factor «revolución», el primer día puede ejercer notable influencia y arrancar maravillas de esfuerzo y de inteligencia a lo espontáneo; pero los días siguientes, el mismo factor puede ejercer una profunda depresión del ánimo que favorece a las reacciones más violentas. El instinto de conservación es, quizás, el carácter más constante de lo espontáneo, sin serlo, naturalmente, en sentido absoluto, pues también espontáneamente nos sentimos inclinados al sacrificio, principalmente cuando nos hallamos en multitud por obra de la sugestión del momento. Y ese instinto de conservación, en la mayoría de los hombres de escasa cultura, no se apoya sobre bases de inteligencia, que permiten entrever la salvación más allá del presente; no, es un impulso ciego que trata de esquivar las dificultades presentes, sin tener en cuenta los peligros del mañana. La revolución, por ejemplo, en el desequilibrio ruidoso de todas las viejas instituciones, trae aparejada por un período de duración indeterminada, corto o largo según el proceso revolucionario, la escasez y también el hambre más o menos soportable; el instinto de conservación de las masas desea escapar de esos males transitorios, sin tener en cuenta la vuelta del viejo régimen, que no podrá remediar la escasez y que desencadenará la más violenta de las represiones, uniendo el hambre a las ejecuciones por millares. En ciertos momentos, el instinto de conservación tiene que ser vencido por medio de órdenes, y cuya falta de cumplimiento implique muy serias sanciones.

II

Pero, ¡todo eso no es anarquista! dirán algunos compañeros que jamás tratan de formar con sus ideas y sus actos un conjunto armonioso y lógico.

No tengo mucho apego a las fórmulas viejas y esa objeción, naturalmente, carece para mí de valor.

Sea o no sea anarquista, todo lo dicho anteriormente, siempre nos quedará la contra-objeción: el pueblo, al cual nos dirigimos, solicitando su concurso para realizar nuestras ideas, ¿es, acaso anarquista en su espontaneidad? Será anarquista por sentimiento, por un deseo vago de bienestar, de una sociedad mejor, basada en la justicia. Pero el sentimiento no sirve para levantar el armazón de la nueva sociedad; en esta tarea fracasan hasta los más grandes talentos organizadores que aplican la más fría inteligencia en la construcción de los proyectos.

El camarada Torralvo, en su último folleto «La Revolución», dice que la táctica antidireccionista del anarquismo ha fracasado. Esto es verdad y quien pretenda negarlo demostrará que los hechos nada le enseñan. Se habla mucho de hacer levantar al pueblo contra los explotadores y tiranos; queremos que salga a la calle, construya barricadas, sacrifique su vida y no queremos darle ningún programa, no queremos fijar una dirección a su acción, porque ésto, según muchos, es antianarquista. Y luego, triunfante la revolución, tampoco nada determinado, nada de directores, ni de jefes, ni de caudillos. Lo espontáneo obrará maravillas; la vida social, entregada al azar, al azar de muchos grupos espontáneos, que obrarán espontáneamente unos contra otros, la vida social se encarrilará por sí sola, formando un conjunto armonioso y sólido. Por muy bonito que sea ésto, no deja de resultar demasiado fantástico en los tiempos actuales. Los anarquistas antidireccionistas o antidictadores—es necesario ejercer dictadura sobre el azar, para impedir el estallido de sorpresas desagradables — esos anarquistas ofrecen una notable semejanza con los demócratas socialistas y burgueses. Los demócratas también apelan a la espontaneidad popular para destruir la sociedad y para edificarla de nuevo. Libre determinación, que haga el pueblo lo que quiera y cómo quiera, que ha de querer bien. Vox pópuli etc.; pero, ¿qué quiere el pueblo y cómo hace lo que quiere? Este es un problema algo más difícil de lo que se cree. ¿Quiere el pueblo quemar una usina necesaria, salir hoy a la calle con las armas en la mano y meterse mañana en casa esperando que la providencia, el azar, hagan todo lo bueno, todo lo sólido?

Hay que decirlo con rudeza: el pueblo no sabe nada. Los directores, los dictadores, salidos del pueblo mismo, sin duda, pero lejos del pueblo por su cultura y su experiencia, esos

son los que tienen que ejercer las funciones de inteligencia que requiere la dinámica social. No hay que salirse de la realidad actual; el anarquismo antiguo de absoluta libertad, de conciencia pura, de autodeterminación espontánea, tiene efectividad en esferas limitadas; la sociedad, en cambio, es un conglomerado inmenso de voluntades de toda especie, que chocan entre sí. voluntades buenas y perversas, dinámicas y pasivas; un maremagnum sin concierto; cualquiera ha de entender que es necesario poner un poco de orden en ese maremágnum.

En riguroso principio anarquista, la libertad de hacer tiene que estar fundamentada en bases de inteligencia y de bondad que no alcanzan hoy, y probablemente nunca, un carácter general. La armonía social hoy no resulta de las armonías individuales, emanadas de la espontaneidad. En los grupos anarquistas limitados, y no en todos, quizá la libertad amplia de hacer pueda obtener brillantes demostraciones en obras de gran valor. Sin embargo, en este mismo terreno se ha notado la necesidad de introducir un principio de disciplina, creando un organismo de relación que, en cierto sentido, anula las facultades amplias de los grupos particulares. Si el anarquismo fuera un ideal de pequeña secta, no tendríamos otra cosa que hacer que atender al propio desarrollo, sin importarnos nada del mundo; en este caso, veríamos el triunfo del más alto y puro racionalismo obrando en pequeña escala, y que nada significaría para el cambio de la organización social, lo mismo que, en este sentido, nada significa la bondad y la inteligencia de un Cristo. A propósito de Cristo; esta buena persona, con todos sus sentimientos de anarquista vagabundo, lírico y sin disciplina, a merced de las efusiones apostólicas del momento, jamás haría triunfar su ideal; para esto, hubo necesidad de San Pablo, el organizador y el primero de los cristianos que introdujo los principios de disciplina en la pequeña secta.

Si el anarquismo pretende ser una doctrina con vistas a la sociedad — a la sociedad y no a la secta, entiéndase bien—debe salir del círculo estrecho del racionalismo y encararse de frente con la masa enorme que siempre queda un poco lejos de las esferas de cultura y de experiencia, únicos elementos decisivos para el establecimiento de la armonía social. Y aquí es donde resulta desconcertante la acción de los anarquistas antidireccionistas o antidictadores. En el hecho social, siempre nos hemos presentado como los peores déspotas, déspotas en el peor sentido de la palabra; íntimamente, estamos convencidos de que el pueblo no tiene gran capacidad para organizar espontáneamente una sociedad anarquista. Sin embargo, salimos a la calle un centenar o un millar y por medio del terrorismo, de la acción directa, pretendemos libertar al pueblo, aunque el pueblo esté lejos de pedirnos la liberación; al principio, queremos imponer a una sociedad de muchos millones la revolución — principio del despotismo—y luego, hecha la revolución, queremos dejar al pueblo entregado a sí mismo, a su espontaneidad, y aquí es donde aparece el peor, lo más malo del despotismo, que consiste en empezar, sin acabar, para que todo se derrumbe. Si los directores, los jefes de la revolución maximalista rusa hubieran dejado al pueblo entregado a sí mismo, sin aplicar ellos su experiencia y su cultura a la nueva sociedad, hubieran sido déspotas reprobables que empezaron imponiendo la revolución a la masa sin cultura y sin experiencia y luego, por respeto a la espontaneidad, dejarán que la falta de cultura y de experiencia obrara con la consiguiente bancarrota de la revolución. Serían déspotas merecedores de la horca.

Si los anarquistas sabemos que la espontaneidad popular, sin cultura y sin experiencia, no puede servir para guiar el tan complicado organismo social, ¿a qué, pues, nos dirigimos al pueblo para que nos siga en la revolución? ¿Para qué fracasar y tener el gusto de ver que lo masacran inútilmente en las calles? ¿No es mejor que **su falta de cultura y disciplina** se salven por nuestra experiencia, por nuestra cultura y nuestra disciplina sábiamente aplicadas?

III

En el terreno económico, los principios viejos del anarquismo, basados en la espontaneidad de los grupos populares, no llevan camino de progresar. Habrá que rehacer la cultura de los pueblos y torcer el curso de la evolución.

Ricardo Mella, comentando una obra de Kropotkine, dice que el comunismo universalizado, de carácter esencialmente dogmático, contradice la experiencia social de los diversos pueblos; la evolución, librada de las tiranías que la entorpecen, puede conducir a un sistema distinto del comunista. Pero, aparte del sistema en su aspecto teórico, vamos a considerar la obra práctica de los grupos espontáneos en los primeros tiempos de la sociedad nueva. En los libros de nuestros grandes y queridos maestros anarquistas, leemos que, después de la revolución, la vida económica quedará regularisada por la acción de los grupos que se organizarán para producir en la forma que más les agrade. Por más buena voluntad que tengamos, debemos confesar, sin embargo, que no vemos muy claro en ese asunto y dudamos que alguien vea mejor; porque a veces no se ve claro y hay gentes que tienen gusto en engañarse a sabiendas, sólo por el deseo o la vanidad de no querer apartarse de una rutina, o por no tener el valor de confesar un error. La producción espontánea, ni siquiera prospera hoy en una colonia anarquista de relativa importancia por su número; al respecto, se han hecho ya experiencias que pueden ilustrarnos. Muchos han atribuído los fracasos en ese sentido, porque las colonias han tenido que desarrollarse dentro de una sociedad capitalista. Y este no es argumento de poco valor. ¿Acaso la revolución social es un hecho simultáneo que libre al mundo de la opresión capitalista? Dada la interdependencia de los pueblos, no es posible salirse por completo de la esfera de influencia de los factores negativos de la revolución. El ejemplo de Rusia bloqueda es elocuente. Si aquí no se hubiera establecido la dictadura en todo sentido, político y económico, tasando los víveres y la libertad de palabra, ¿a dónde hubiera conducido la espontaneidad de los grupos populares, **organizándose como quisieran**? A la más ruidosa bancarrota. Prescindiendo de las experiencias de la centralización industrial, experiencias basadas en la disciplina a un vasto sistema de producción en común, que no deja lugar a la producción espontánea, se caería inevitablemente en el desastre más profundo que traería por consecuencia el hambre más espantosa. Algo de esto sucedió en Rusia en los primeros meses de la revolución maximalista, según algunos informes que hemos leído en publicaciones fidedignas; los obreros, indisciplinados, trabajaban lo que querían y cómo querían, sin sujetarse a otra disciplina que la de su voluntad. El porcentaje de la producción descendió hasta tal extremo, que el hambre no tardó en hacerse sentir; hubo necesidad de no tener en cuenta la espontaneidad de los grupos de obreros y dictar leyes disciplinarias, para remediar un poco la situación desesperada de esos mismos grupos obreros que empezaban, también espontáneamente—¡siempre la espontaneidad que se considera tan buena, tan maravillosa!—a murmurar contra la revolución, acusándola de haber sembrado el hambre. La descentralización y la eliminación de la división en el trabajo, que forman parte de los dogmas anarquistas, y la libre iniciativa de los grupos populares, no ofrecen hoy ninguna perspectiva de éxito. Tengo el más profundo respeto por el talento y la bondad de nuestro amigo y compañero Pierre Quiroule, pero confieso lualmente que el proyecto de sociedad libertaria que nos ha dado en su obra «La Ciudad Anarquista Americana»—obra que, dicho sea de paso, consideró profunda y bella el extinto Luis Bonafoux—me parece excesivamente fantástico para los tiempos actuales. El mismo, hoy, después de las experiencias que nos proporciona la actualidad revolucionaria del mundo, la considerará así, quedando en cambio como un proyecto para las generaciones futuras que progresarán en sentido más amplio que nosotros, porque se verán libres de las mil dificultades que hoy nos obstaculizan el camino.

En la próxima revolución del proletariado o de los elementos revolucionarios de los partidos políticos — incluídos los anarquistas — la organización económica tendrá que tener en cuenta las experiencias de cada ambiente; en las ciudades, por ejemplo, había necesidad de seguir, quizá por mucho tiempo con el sistema centralizado de la producción, sin permitir a los grupos espontáneos que organicen la economía en el sentido que quieran y cómo quieran; y en los campos quizá tendremos que respetar la producción aislada, característica de un ambiente poco desarrollado técnicamente, e introducir poco a poco los cambios en el sentido de la producción comunista. La división del trabajo y la disciplina que están fuera de los viejos dogmas anarquistas, no podrán ser eliminados inmediatamente, sin caer en el peor derroche de energías, tan necesarias para el sostenimiento de la revolución; el hombre es un animal de costumbres, dicen los biólogos, y una costumbre es siempre más rica en experiencias que una novedad. La costumbre de producir en grande y con disciplina, sabemos lo que rinde y es fácil adoptarla, por lo mismo que es costumbre; una novedad siempre desconcierta algo, y en la primera etapa de la revolución, hay que temer mucho los desconciertos. Aisladamente, en los individuos preparados, las novedades no causan desmoralizaciones; pero en las grandes masas del pueblo, sí. La práctica del ideal anarquista requiere una suma de experiencias que todavía no han sido hechas en la sociedad. No deseamos — ¡esto, nunca!— el abandono del ideal, pero debemos atender la realidad presente con todas sus imperfecciones. La nueva institución anarquista, denominada U. C. A. A., dejando a un lado todo escrúpulo doctrinario por inactual, debe estudiar y aplicar la mejor forma de utilizar las energías populares fijándoles una dirección y un programa práctico, que aparezca evidente y de posible realización a los entendimientos menos cultivados. Se debe substituir la espontaneidad del pueblo, tan dudosa, por un programa detenidamente estudiado en todas sus partes, atendiendo a la cantidad y calidad de las fuerzas sociales militantes, sin pretender hacer tabla rasa con todo lo existente, por el momento. Y la institución anarquista, si cuenta con fuerzas suficientes, no debe titubear en hacer cumplir el programa, impidiendo el desbarajuste de la espontaneidad del pueblo, que no sabe, ni sabrá, cómo organizar la sociedad.

F. RICARD.

Franqueza y cinismo

Según el corresponsal de un diario burgués, uno de los matadores del ilustre Dato, confesó con mucha lealtad su acción. Y agregaba el dicho corresponsal: «La franqueza con que se expresa el detenido revela un cinismo inconcebible». ¿Qué significa esto? Casi pegamos un salto de asombro. Es necesario que la falsa moral de esta sociedad burguesa haya pervertido mucho la sana razón del hombre, para que se llegue al extremo de calificar de cinismo a la franqueza. Todavía la hipocresía sigue obteniendo patente de virtud. Decir la verdad significa atentar contra las buenas costumbres establecidas por la sabia diplomacia humana. Y es hacerse acreedor a los calificativos más malos; tú, hombre que te atreves a decir lealmente lo que piensas y lo que haces, eres un cínico, un sinvergüenza. Pero, eres anarquista; tu moral está hecha toda de luz, de claridad, de verdad. El corresponsal del citado diario burgués tiene buen cuidado en advertirnos que el cínico de la franqueza tiene ideas anarquistas. ¡No hacía falta decirlo! Lo suponíamos.

¿Quién, sino, que no tenga ideas anarquistas es capaz de ser franco en este siglo hipócrita? Anarquista tiene que ser, aunque él mismo lo ignore.

Tú, hombre del montón, comerciante que robas al pueblo, que sabes que robas, declárate honrado y circonspecto; tú, político embrollón, hacedor de un millón de picardías, declárate lo mismo; y tú, literatoide que piensas una cosa y dices otra, asómbrate y confunde la franqueza con el cinismo.

Los anarquistas decimos la verdad de lo que pensamos y hacemos. Somos claros, no existen en nuestro espíritu las encrucijadas sombrías de la hipocresía y la mentira. Tenemos el orgullo de ser en esta sociedad podrida, faros de sinceridad, luces de franqueza; asustamos, es cierto, porque somos así. Pero, es necesario; hay que limpiar el alma humana de las porquerías de las morales que enseñan como virtud la astuta diplomacia. Es necesario dar al mundo de esclavos el espectáculo soberbio de espíritus libres y valientes; el ejemplo cundirá; no lo dudamos. El pueblo, íntimamente, siente y comprende las injusticias que cometen las clases privilegiadas; pero le falta aun el valor de cuadrarse ante sus amos y gritarles con el mayor cinismo, es decir, con la mayor franqueza: ¡eh, sois unos ladrones y os voltearemos a puntapiés!

¡Venga la era del cinismo! ¡Cuánta falta hace! Cuando los pueblos decidan ser cínicos completamente, los burgueses han de escuchar cada verdad que, de susto, caerán muertos.

La política presidencial y los anarquistas

La política del gobierno radical, o más dicho la política de Irigoyen, ha llevado, desde su iniciación en el poder, un recio ataque al gremialismo revolucionario. En todas partes, provincias, territorios o la capital federal, donde la organización obrera se distinguía por su tinte idealista, se la ha tratado de destruir por inspiración y por indicación del presidente; y en todas partes, también, la misma política ha favorecido a las organizaciones amarillas y las hordas de la «liga», que si no han prosperado más es debido a la enérgica resistencia que les han opuesto las organizaciones de la acción directa. Este juego — que muchas veces ha terminado en trajedia, porque los mercenarios del gobierno han obrado con entera libertad y con atribuciones ilimitadas — lo han comprendido hasta los adversarios políticos del gobierno actual y no han tenido reparo en sacar algo a relucir, como medio político, se entiende. Y es que su torpe maniobra le ha descubierto la trama.

Así se ha visto últimamente, mientras el gobierno contemporizaba y celebraba entrevistas con los que adrede prolongaron la huelga marítima, los cuerpos del ejército se distribuían en los territorios en son de guerra con los huelguistas del campo; en la selva santafecina, ese cuerpo de asesinos profesionales que se llama gendarmería volante, se entregaba a una espantosa matanza de obreros huelguistas; las hordas entrerrianas estruían la incipiente organización obrera de aquella provincia matando y encarcelando a los activos militantes de los sindicatos. Y todo eso es inspiración de la presidencia, de un presidente flojo que le teme más a la revolución que los burros al agua.

Aun están frescos en la memoria de todos, los crímenes oficiales de Enero de 1919. Ese fué uno de los primeros golpes de zarpa tirados a las organizaciones revolucionarias que actúan en el país. Recuérdese sino el prolongado destierro que sufrieron en Martín García los compañeros y el monstruoso proceso que se les formó a otros, entre ellos a los compañeros de Mar del Plata, por los tribunales federales, que dependen del gobierno nacional y se verá la zarpa de Irigoyen tendiéndose artera a destruir los sindicatos que responden a la «Fora» comunista; empuñando las armas viles: la ley y la cárcel en su jurisdicción; la violencia del fusil en sus dependencias, o sea en las provincias y territorios. La ley social—que hasta hoy sólo ha regido para los anarquistas — está en plena vigencia desde la venida al poder de los radicales. Las cárceles de la república están llenas de anarquistas condenados o procesados por las leyes sociales, y los jueces que las aplican son estimulados y animados desde «arriba» a extremar el procedimiento.

Esa es la política del actual presidente; política torpe y chambona; política imbécil que hace sufrir a los mejores hombres que tiene el país el rigor de las ergástulas nacionales, sin provecho para el proletariado ni para nadie. Pues con todo eso, ni han conseguido destruir la organización ni disipar el fantasma de la revolución, que cada día se presenta con más delineados contornos, y que no podrán ahuyentar Irigoyen y todos sus secuaces por más mercenarios que suelten en su contra.

Este diario, uno de los factores de esa revolución, y que con tanto empeño han perseguido los secuaces del presidente, igual que sus antecesores, no ha desaparecido ni perdido su virilidad combativa, pese a todos los intentos de la jauría reaccionaria; los anarquistas, que también se intentó hacer desaparecer, conservan aún, en la cárcel o el destierro, los bríos revolucionarios con que se iniciaron en la lucha y están siempre dispuestos a hacer llegar la era revolucionaria que tanto temen los motineros que están en el gobierno.

Y que los anarquistas queremos ha de ser.

Recordando un sueño

Caminando, caminando llegué hasta la cumbre de Aconcagua. Desde altura hiperbólica miré el llano y me sentí Moises al llegar a la tierra prometida. Allá abajo hormigueaban las multitudes hasta perderse, en el horizonte de la inmensidad pampeana, subían las cuestas llegando hasta mis piés para aclamarme como el profeta hebreo.

¡Me sentí cada vez más grande ante tantas manifestaciones de admiración; me parecía que la montaña crecía bajo mis plantas y me elevaba en su cumbre hacia las regiones azules. La multitud también crecía, aumentaba a medida que se ensanchaba el campo de mi visual, que también se multiplicaba su potencia óptica. Abarcaba mi vista la extensa zona comprendida entre el Atlántico y el Pacífico, de este a oeste; y el archipiélago fueguino y el golfo de Méjico, de sur a norte. ¡Qué maravilla! Por sobre mi cabeza afiebrada cruzaban en todas direcciones con sus alas extendidas como monoplanos, las águilas y los cóndores, señores del espacio; por el triángulo de mis piernas pasaba bramando con violencia de huracán, el pampero, que luego bajaba por las cuestas con empuje arrasador; frente de mí, el sol como un enorme león rojo que sacude sus melenas de fuego, se levantaba magestuoso sobre los mares de Oriente; abajo, la multitud hirviente; arriba, el cielo abierto, sin límites. Ante tan magníficas grandezas, se colmó mi noble orgullo. Me equiparé a las grandes figuras de la historia; porque como élla había logrado poner bajo mis pies la cumbre que consagra el triunfo y hacerme acariciar la frente con las ásperas nubes que sirven de cabellera a los Andes. Era yo una estátua que tenía por pedestal la cordillera inconmovible. Bajo mis talones anidaban las águilas y se guarecían las fieras; en mis hombros se agrupaban los mares de nieve, que luego, derretidas, rodaban por mis flancos; sobre mis brazos en cruz venía a posarse la gloria transformada en paloma y se dormía al calor de mi pecho; y en mi frente se disputaban el beso las ráfagas de los ventisqueros y los rayos del sol. ¡Soberbia estátua! Digna solamente de los elegidos por la historia, para guiar las muchedumbres con la antorcha de la ciencia; Ameghino, por ejemplo.

Pero mi gloria estaba atormentada por violencias del destino. Me había alejado a la montaña para aislarme y las muchedumbres, que antes me apedrearón como a Cristo, habían seguido mis huellas y llegado hasta mis piés para arrodillarse y rendirme homenaje. Aquél servilismo me repugnaba más que sus iras estúpidas anteriores.

Aquel rebaño sin aptitudes para escalar la cumbre que se extendía hasta lo infinito, se me figuraba una abyección sin límites, una afrenta a la magestad de la naturaleza que me rodeaba. La furia del pampero, la hosquedad de las nubes, el mirar oblícuo de los cóndores, todo se me antojaba otras tantas protestas de los elementos contra aquella bajeza.

¿Y esta multitud descendía de aquellos caballeros, casi legendarios, que cien años antes habían transpuesto estas cumbres para rubricar con su espada la emancipación de un continente?

Descendencia de gauchos: ¿servidumbre? ¡Dolorosa comprobación!

Aparté la vista de aquel espectáculo indigno y recorrí con la mirada una vasta zona del oriente andino. Al sur y centro del territorio argentino, ví al pueblo moverse febrilmente, sudoroso y sucio, amontonando granos, haciendo columnas enormes de espigas — ¡monumentos de oro, que contemplan satisfechos los poderosos! —; al norte, mordiendo los talones a la milenaria vegetación con hachas y sierras, el pueblo agosta su energía; al este, sobre la margen del Plata, otras fiebres, otras actividades absorben el jugo de las muchedumbres; en todas partes la explotación desenfrenada del hombre por su semejante, ayudado en su tarea de destrucción por la sífilis y la tuberculósis...

¡La presencia de estos tres muestrarios explica el envilecimiento de estas multitudes que se arrodillan a mis pies!

Por donde quiera escenas de dolor y de miseria, en todas partes el pueblo embruteciéndose, todos los vicios, todas las corrupciones, en auge. La ausencia de toda virtud hace más desolado el vasto escenario. Hasta la campiña aparece triste; porque hasta la naturaleza parece impotente para disipar ese tono de angustia. Ningún caudillo, ningún patriota, ningún hombre bandera se levanta entre aquellas multitudes para anatematizar tanta iniquidad y encanallamiento; y los aventureros de mala especie se congregan en suntuosos palacios, para sancionar leyes expoliadoras y para derrochar el esfuerzo bestial de la población productora!

Adolorido ante tanto dolor y tanta injusticia, se doblaron mis piernas, apoyé los codos en las rodillas, cubríme los cios y — lleno el corazón de pena y el espíritu de pesimismo — medité largo tiempo. El vocerío de las multitudes que bullían a mis piés, me sacó de aquel ensimismamiento. Al recobrar el sentido de la realidad ¡oh, sorpresa! me hallé rodeado de los manes de la patria... Moreno, Castelli, Alberdi, Alem... Las cuatro respectables figuras, casi transparentes, me contemplaban con gravedad. En sus semblantes descarnados se trasuntaba la angustia por las calamidades que a la patria aflijen. Erectos, los brazos cruzados sobre el pecho, los piés firmes como clavados en la escarpadura de la montaña, la mirada fija en mis ojos como interrogándome en silencio, estaban allí los próceres.

Ante la presencia de tan augustas virtudes me sentí obligado a rendir un homenaje digno de ellas.

¿Qué deseáis de mí, ilustres antecesores? — interrogué con respecto.

Moreno adelántandose: — Esa muchedumbre que hormiguéa allá abajo ¿es el pueblo de la patria? — Es lo que queda, estimado tatarabuelo. Moreno mueve tristemente la cabeza, apoya la barba en la diestra y cierra los ojos para no ver aquella caricatura del pueblo de Mayo.

Castelli, con imperio: — Y los demás patriotas ¿porqué no se muestran? — Estamos todos aquí, mi ilustre tatarabuelo. — ¡Cómo; si desde aquí oigo llegar, de diversos puntos, el verbo flamíjero de Mayo! — Son los políticos, son bandas de mercaderes de la palabra que están vendiendo en subasta pública los sagrados principios. — Y Castelli volvió la espalda con repugnancia y desapareció tras los altos picos occidentales.

Alberdi, avanzando hasta el borde del abismo: — No veo por ninguna parte las huellas con que mis contemporáneos marcaron rumbos al pueblo argentino. ¿No existe ya la carta orgánica? ¿No se rigen por élla los actuales gobernantes? — No, abuelo; lo que no existen son los gobernantes. Y los que se hallan en ese lugar, tratan a la constitución de vuestros desvelos con menos consideración que a una prostituta. — Y esa muchedumbre ¿porqué vocifera así? ¿Es el populacho suburbano que celebra orgías de sangre para adular al dictador? — No, abuelo; es el pueblo soberano; es quien elige a los que prostituyen la constitución. — ¡Miserable canalla! (Amenaza y escupe).

La turbamulta: — ¡Viva don Juan Bautista Alberdi! ¡Viva el gran prócer argentino! ¡Viva!... —

Alberdi, indignado: — ¡Y me aplauden aún!... Ya esa gente no es digna ni de la cuchilla de Rosas.

Rosas, saliendo de entre los peñascos

inmediatos — ¿Para qué me invocas, águila unitaria? ¿Crees que he perdido el buen gusto y que no me repugna la bajeza de ese pueblo que acaba de aclamarte?

La turbamulta: — ¡Viva el ilustre restaurador de las leyes! ¡Viva don Juan Manuel de Rosas! ¡Mueran los salvajes unitarios! ¡Viva! ¡Muera! —

Alem, desatando el verbo: — ¡Silencio, chusma envilecida! ¡silencio, canalla crapulosa! Multitud servil que ya no tenéis ni una arruga de dignidad en la frente, ni un átomo de amor patrio en el corazón, ¡no ultrajes la memoria de los que fueron! Si no tenéis manos más que para el aplauso, si ya no os sirven para estrangular tiranos, cortaoslas!—

La turba: — Viva el doctor Alem! ¡Viva nuestro gran caudillo! ¡Viva! ¡Viva! —

Alem, impasible: — ¡fariseos! Después de haberme crucificado me aclamáis. Lleváis mis barbas canas como escudo principista para encubrir vuestras infamias ¡pandillas de mercaderes! En mi nombre habéis torcido el pescuezo al republicanismo para halagar a fariseos de sótana, que han plagado al país de crucifijos y extendido sus tentáculos a los cuatro vientos absorviendo el jugo de la población nacional. (Hace una breve pausa reflesiva) Yo que me maté por la patria, yo que sucumbí por los principios de una gran causa, al volver después de veinte y tantos años de olvido, siento deseos vehementes de empuñar un látigo de fuego y esparcir un diluvio de llamas sobre la espalda de la iniquidad, desatando en el territorio de la patria el incendio revolucionario y arrasar con todas las castas privilegiadas causantes de tanta calamidad. ¡Oh, cuanto placer sentiría en poder entrar en Buenos Aires al frente de las huestes del trabajo enarbolando la bandera roja!

La turba: — ¡Viva el Doctor Alem! ¡Viva la bandera roja! — Sube desde el valle un tropel en que se confunden ayes de dolor, ruido de armas, choque de cascos y toque de clarín. Es la policía, que disuelve a machetazos la multitud.

Alem, agitándose: — ¡Cómo! ¿Y esa horda? Esos bárbaros que pisotean con sus caballos al pueblo ¿es la indiada? — No, doctor; son los mercenarios del gobierno que «defienden» al capitalismo nacional. Es la policía «radical» que procede...

Rosas, asombrado: — ¡Qué brutos!.. La sociedad Popular Restauradora no confundía al pueblo con los enemigos del gobierno. ¡Y estos bárbaros de hoy han tenido la desfachatez de criticarla!

Alberdi a Alem: — Estos son los frutos de su prédica, Doctor. —

Rosas sarcástico a Alem: — Esos son los pollos de sus huevos, doctor. ¡Adelante los que quedan!¡

Alem, enérgico: — ¡Basta! Podrán haber hecho de mi prédica un comercio inícuo — ¡de todo son capaces los filisteos de la policía! — pero esas palabras que se me atribuyen no las he pronunciado jamás. ¡Mienten! ¡Si detrás de mi no quedaba nadie! (se cubre el rostro con ambas manos, da unos pasos desapareciendo en el abismo).

Allá abajo entre nubes de polvo, se dispersa la multitud azotada por los sables de la patria, que brillan al sol con fulgores siniestros. Una enorme águila, que pasa me roza con sus alas y me despierta. Tengo la frente helada.

HECTOR MARINO.

———o———

La historia se repite

Otra vez la política obscura de Europa parece que desencadenará un nuevo conflicto armado entre los pueblos. Los aliados tienen una sed inmensa de imponer a los vencidos condiciones imposibles de soportar; si no pueden por la persuasión lo harán por medio de las bayonetas. Se ha dicho que el primer conflicto pudo estallar porque los pueblos o sus dirigentes carecían de experiencias; por esto creyeron que la guerra burguesa significaba una lucha por la civilización y en contra de los bárbaros teutones que querían militarizar el mundo. Pasó el vendaval y todos tuvieron que confesar su error; los socialistas patrioteros y los sindicalistas chauvinistas confesaron, ante los resultados de la paz, que la guerra no fué más que una lucha de imperialismos por el predominio capitalista del mundo. Se hicieron declaraciones para el porvenir basadas en las nuevas experiencias; en adelante, todo conflicto armado sería impedido por la huelga general revolucionaria. No hace mucho tiempo el jefe de los sindicalistas franceses y secretario de la Confederación del Trabajo, manifestó que si Francia llegaba a ocupar más territorios alemanes, los obreros franceses, junto con los obreros de toda Europa, impedirían el hecho por medio de la acción directa. Sin embargo, el hecho se ha producido y ese jefe, ya tan conocido por sus claudicaciones y cobardías, ha ido a los territorios ocupados a dar platónicas conferencias de protesta sin atreverse a aplicar otros medios más convincentes. Y la guerra, la nueva guerra, podrá producirse de un momento a otro sin que se intente impedirla y sin que valgan de nada las experiencias adquiridas; y la historia se repetirá y los que fueron cobardes y patrioteros en los momentos supremos volverán a ser lo que fueron.

¿Se repetirá, en efecto, la historia? Mucho nos lo tememos porque las viejas figuras que manejan los partidos socialistas y las agrupaciones obreras, han demostrado no ser los hombres de la moral nueva, de las ideas nuevas, de las doctrinas contra la burguesía que no admiten, en ningún momento, transacciones vergonzosas con los gobiernos capitalistas. Esas figuras expulsadas, condenadas, maldecidas, por la tercera Internacional, con muy justísima razón, aun se mantienen en sus puestos antiguos; sus protestas platónicas de ahora callarán al primer disparo de cañón. Las figuras que podrían hacer algo efectivo han sido eliminadas como Liebknecht y Luxemburgo en Alemania y como Malatesta encerrado en una prisión de Italia. Si los pueblos no toman por sí mismos la iniciativa de la rebeldía, todo se irá al abismo; confiamos también que, a última hora, surjan de la masa los héroes anónimos que impidan la posible repetición de la masacre guerrera. De Europa convulsionada deducimos una enseñanza que también es necesario aplicar a este país: la necesidad de eliminar del campo obrero y revolucionario todos los viejos títeres que han adquirido en su largo apoltronamiento toda la mentalidad de la clase burguesa.

———o———

Un cuervo, por ejemplo...

Un diario porteño, que se distingue por su apoyo incondicional a todo lo burgués, a todo lo conservador y reaccionario, al ocuparse de la política española hace resaltar la figura política de ese verdugo del liberalismo español y asesino de Ferrer que se llama Maura. Y exagerando hasta lo indecible el elogio servil de ese verdugo negro, cierra el broche adulón con este símil: «hay aves de alas muy largas que cuando se posan en tierra casi no pueden levantar el vuelo, no obstante hallarse para él admirablemente dispuestas; tropiezan, se hieren, se llenan de barro o polvo; el aletazo no puede desplegar su vigor con libertad; etc.»

¡Cuánto servilismo, cuánta genuflexión periodística para explicar el porqué Maura no pudo formar gabinete!

A la habilidad política, al chicaneo ministerial y al conocimiento a fuerza de práctica de los vericuetos gubernamentales, le atribuyen estos mucamos de la pluma proporciones de sabiduría, vuelos de ingenio y ¡quién sabe qué más!

«Al que manda nunca le falta un adulón». Y sin embargo Maura no manda en España, ni mandará. Le tiene miedo al poder. De miedo no formó el gabinete. El verdugo de la España libertaria, el asesino de Ferrer, es cobarde, como todo verdugo, y hoy las cosas han cambiado allí; los procedimientos son otros: la justicia empieza a manifestarse enérgica y decisiva. Los cuervos del poder, por más «largas alas» que tengan y a pesar de sus aptitudes para el vuelo, no podrán en lo sucesivo sacarle tan fácil los ojos al pueblo; él pueblo les tronchará las alas... y el pescuezo.

El asesino de Ferrer, hábil político como es, ha visto en la sombra de su conciencia el ojo siniestro que lo vigila, ha comprendido que el pueblo español no está dispuesto a soportar más el cilicio gubernativo y que es capaz de gobernar, ya que no se le deja otro camino, por la boca de fuego de su pistola.

El cuervo negro de Monjuich, diestro torero de la política, teme, no obstante, a ese toro que no es político, al toro de la acción directa que puede envestirlo sin guardar las formas reglamentarias...

¡Y ese miedo de Maura quieren los periodistas serviles hacerlo pasar por gesto de personaje escrupuloso. ¡Bien está para escrúpulos el santón de la España negra! El miedo no puede volverse altruismo, como la bala disparada no vuelve atrás...

Pero ya es tiempo que estos verdugos empiecen a sentir que bajo sus pies tiembla el terreno, y que no tengan demasiado confianza en la fuerza bruta que los apoya para cometer, a su amparo, las fechorías y los crímenes que han enlutado tantas veces a la familia obrera.

Maura debe haber recordado en estos días a Ferrer. Nosotros también hemos recordado en estos días a Cánovas y a Canalejas.

Es bueno que todos los cuervos tengan presente estos recuerdos y no se empeñen en dar picotones irritando al pueblo.

———o———

La gente honrada

La honradez, en la más común acepción, es el barómetro en que se asienta la propiedad—columna vertebral de este régimen ignominioso—; un concepto falso de la verdadera vida y que sirve maravillosamente a los pillos para perpetuarse en sus dominios y privilegios.

La gente honrada es, pues, el principal obstáculo con que tropieza la idea anarquista en su marcha hacia el futuro, hacia la revolución, por eso, porque ella alimenta y sostiene con tozudez esa columna que la revolución debe derrumbar.

Pero la gente honrada, no es honrada como pretende hacernos creer, es decir, no es tan virtuosa como ella presume ser—entendiendo por honradez la pureza y el desinterés en las acciones, la abstención de pecar y de apoderarse de lo ajeno—; lo cierto es que no peca ni roba, esa gente honrada, por miedo a la ley algunas veces, y otras veces porque no puede.

Pero siempre está dispuesta al pecado, como todos los mortales que vivimos en esta época infame, en que por vivir hay que andar a tarascones. Y esa tendencia al robo, o a la apropiación de lo ajeno, es también humana y tan natural como la tendencia a vivir, a perpetuar la especie, y que se conoce su existencia desde que apareció en el mundo la propiedad.

Parece que fuera un factor nacido para combatir ese crimen de los hombres contra la humanidad que, es la propiedad privada.

Pero la gente honrada no sabe esto ni lo quiere saber, y aunque parte de ella lo llegue a saber, luego lo desconoce y lo niega.

Es que a la gente honrada, para mantener sus privilegios, le conviene seguir siéndolo y levantando todo lo alto que pueda el pendón averiado de la honradez.

Como quiera que sea, esta gente honrada nos revienta con su honradez, porque se entremete en todo — y aquí aparece el obstáculo — en nombre de una moral irracional y que ni siquiera es practicada con sinceridad por ella.

Citaremos un caso — que no es cuento, ni es invento — en apoyo d enuestro aserto.

Estando en un café, ocurrió en el interior una pequeña sustracción: un chicuelo que se apoderó de un juego de cucharitas y fué descubierto antes de salir a la calle por el sirviente que despachaba, y detenido inmediatamente. Intervenimos para que no se le mandara preso, pero el sirviente replicó autoritario y adoptando una actitud de persona honrada y sin mácula, añadió:

—¡No, señor; llévelo preso, agente! ¡Rateros!... ¡Cuándo acabará esta familia!..

Sin embargo, cuando nos retiramos, al darnos el vuelto a nuestra paga, nos robó diez centavos, es decir, nos volvió menos de lo que debía y nos consta que no fué por equivocación...

Pero es que la mayoría de la gente honrada es así como practica la honradez; no roba, de miedo a la ley; pero se ampara a la ley y al concepto de honradez, para encubrir sus rapiñas.

———o———

Jóvenes artistas

Oh vosotros, jóvenes artistas, escultores, pintores, poetas, músicos, ¿no véis que el sagrado fuego que inspiró a vuestros predecesores se ha extinguido hoy día, que el arte es vulgar, supeditado a los perversos gustos de una burguesía adocenada, y por tanto impera en absoluto la medianía?

Y no puede ser de otro modo: la inspiración de descubrir un nuevo mundo y bañarse en las fuentes de la naturaleza que creó las obras del Renacimiento, se ha agotado en nuestros tiempos. El ideal revolucionario no le ha dado calor hasta ahora, y a falta de ése ideal, el único racional y verdadero, las artes han supuesto un bastardeado realismo que consiste en fotografiar penosamente la gota de rocío en la hoja de la planta, imitar los músculos de la pata de un cuadrúpedo, o descubrir en prosa y verso el aire asfixiante del salón de una meretriz de alto rango.

P. KROPOTKINE.

ANARQUISTAS:
Difundid LA PROTESTA

CLEPTOMANIA

Las dos medidas

Abro un diccionario y leo: Cleptomanía. «Neologismo científico de origen griego: robo y manía. Indica una morbosa tendencia que algunos sufren, aun siendo ricos de substraer objetos que especialmente atraigan su avidez y su deseo. Se la comprende más como una enfermedad que como un delito. En efecto, se nota en muchos casos de locura».

La definición es exacta, no hay duda. En un solo punto flaquea. En efecto, pocos son los que se recuerdan haber leído en los diarios que un pobre diablo, habiendo hurtado un par de botines, un queso, unas gallinas, una cartera o un loro, haya sido considerado un cleptómano, es decir un enfermo antes que un delincuente.

Por el contrario, sucede a menudo, leer noticias, como ésta que nos transmite el cable:

«En Luca en el Teatro del Giglio, fué detenido un aristócrata que padece de cleptomanía.

Este señor, fué sorprendido, mientras registraba los sobreodos que se hallaban en el guardarropa. En su poder se le encontró numerosas carteras, guantes, pañuelos, etc.»

Se deduce por ésta sencilla noticia que la cleptomanía es una enfermedad que solo ataca a los ricos y especialmente cuando son sorprendidos infraganti. Pues de este modo los salva de la cárcel y los entrega en manos de facultativos muy benévolos.

Hemos de convenir entonces que la cleptomanía, es una enfermedad de clase: mejor dicho, una enfermedad heredtaria. Con el transvasarse, de generación en generación, se convierte en manía, — manía de robo que sus antepasados, poseyeron en un grado normal que les permitió enriquecerse sin incurrir en molestias penales.

Es una explicación psiquiátrica que no desdeñaría un Ferri...

El robo tímidamente manifesado en el pequeño comerciante, mermando en el peso y la medida, se hace agudo en el bolsista y en el banquero, hasta que se vuelve morboso en el nieto, hecho conde o vizconde, quien ya es un cleptómano catalogado y definido.

En el pobre diablo, en cambio, el robo no cambia de forma y tampoco asume denominaciones griegas. Para él hay una sola palabra: es un ladrón.

No se puede negar que la ciencia oficial tiene ingenio y recursos salvadores para los suyos.

———o———

Somos sectarios

Tenemos algunas virtudes de las que carece mucha gente que nos tiene por sectarios: nos indignamos de lo que es indigno, como ser la injusticia, la bellaquería, el crimen y la política. Tal vez no tenemos más que esa virtud; pero con esa sola estamos por encima de la gente que nos tiene por sectarios.

Cuando nos indignamos, no callamos nuestra protesta por lo que nos ha producido indignación, y eso no lo hace la gente que nos llama sectarios. También en eso somos superiores. Oponemos nuestra dignidad de protestadores contra su indignidad de cómplices. A pesar de nuestro sectarismo, no nos hacemos cómplices del crimen de la guerra, ni del crimen de la política, ni de la injusticia, ni de la infamia, como hace esa gente que reprocha nuestro sectarismo.

En esta tierra que ha producido tantas «virtudes cívicas», los únicos que sostenemos en estos tiempos la bandera de la dignidad, somos los anarquistas, y la sostenemos debido a nuestro sectarismo.

Somos los únicos también que no callamos cuando al pueblo se le da palos en vez de pan, balas que perforan sus pulmones, en vez de aire puro.

Y por protestar del vandalismo gubernativo, de las rapiñas de los acaparadores y del silencio cómplice de la prensa rica, se nos califica de sectarios; y por decir a los trabajadores que no deben dejarse explotar, se nos encarcela por «agitadores», con el aplauso de esos acaparadores y de esa prensa.

Bien. Aceptamos gustosos y nos enorgullecemos del calificativo. Los sectarios somos los únicos que tenemos vergüenza y no nos complicamos con la infamia.

¡Viva nuestro sectarismo!

—Saque usted de aquí esos diarios inmundos. No leemos sino prensa anarquista.

—Ustedes son unos sectarios...

—Seremos, tal vez. Pero es lo cierto, que estamos asqueados de leer infamias impresas ahí contra nuestra clase, la clase desheredada y hemos perdido la paciencia, hemos dicho ¡Basta! ¡Boycott a la prensa inmunda de los ricos! Y somos sectarios...

EL FUSIL

Sirvo a los dos bandos: al bando que oprime y al bando que liberta.

No tengo preferencias. Con la misma rabia, con el mismo estrépito lanzo la bala que ha de arrebatar la vida al Soldado de la Libertad, o al esbirro de la tiranía.

Obreros me hicieron para matar obreros. Soy el Fusil, el arma liberticida cuando sirvo a los de arriba; el arma emancipadora cuando sirvo a los de abajo.

Sin mí no habría hombres que dijeran: yo soy más que tú. Y sin mí, no habría esclavos que gritasen: ¡abajo la tiranía! El tirano me llama apoyo de las instituciones. El hombre libre me acaricia con ternura y me dice: instrumento de redención. Soy la misma cosa, y, sin embargo, sirvo tanto para oprimir como para libertar. Soy al mismo tiempo, asesino y justiciero, según las manos que me manejan. Yo mismo me doy cuenta de las manos en que estoy.

¿Tiemblan esas manos? No hay que dudarlo. Son manos de esbirros. ¿Es un pulso firme? Digo sin vacilar, son las manos de un libertario.

No necesito oir los gritos para saber a que bando pertenezco. Me basta con oir el castañear de los dientes para saber que estoy en manos de opresores. El mal es cobarde, el Bien es valeroso. Cuando el esbirro apoya mi caja en su pecho para hacerme vomitar la muerte acurrucada en el cartucho, siento que su corazón salta con violencia. Es que tiene la conciencia de su crimen. No sabe a quién va a matar. Se le ha ordenado: ¡Fuego y allá va el tiro, que tal vez atravesará el corazón de su padre, de su hermano, o de su hijo, a quienes el honor había gritado: ¡rebelaos!

Yo existiré mientras haya sobre esta tierra una humanidad estúpida que insista en estar dividida en dos clases: la de los ricos y la de los pobres; la de los que gozan y la de los que sufren.

Desaparecido el último burgués y la última autoridad, desapareceré a la vez destinándose mi material a la construcción de arados y herramientas mil que manejarán los obreros convertidos en hermanos.

(De «Regeneración»).

———o———

Armas y herramientas

Armas. Herramientas. Todas las armas para la lucha. Todas las herramientas para el trabajo.

* * *

Armas, para arrancar el cetro al tirano, romper su dictadura, aventar su poder. Herramientas, bien cortantes y duras, para construir, para edificar la nueva vida.

* * *

De todas las armas, la mejor, la más cortante y eficaz: la inteligencia.

No hay victorias de la fuerza más consciente, más inteligente.

La táctica hábil vence a la acción brutal, pesa más que la fuerza.

* * *

La herramienta de alto valor para cosas grandes, es la razón. Sin conciencia, no hay cosas durables, hechos relevantes, acciones meritísimas. Labor noble, la obra de engrandecernos por medio de la educación.

Obra de inteligentes es buscar soluciones de razón a los problemas, en vez de buscarle solución de fuerza.

* * *

Cuantos se estimen a sí mismos deben estudiar.

En ellos debe gritar alto el anhelo de saber siempre más.

El hombre inteligente vale siempre más que un ignorante.

El que tiene conocimientos puede dirigir su vida por sí mismo, en tanto el ignorante es el perpetuo dependiente de los otros.

* * *

Arma y herramienta, es tu inteligencia. Sábela usar. Combina tus esfuerzos con arte y maestría y serás libre.

El mal de los pueblos, créeme, es la ignorancia.

La libertad no puede ser con los pueblos ignorantes, con las masas inconscientes.

Federico HIDALGO.